



**Lección Inaugural del año lectivo 2012
UNIVERSIDAD DEL ISTMO**

**El cometido de la Universidad.
Un comentario sobre la arquitectura de nuestro tiempo**

MARIANO GONZÁLEZ PRENCIO

INDICE

- I. La formación en la Universidad
- II. El efecto Bilbao y otras perversiones
- III. Fin del exceso: crisis y regeneración

Guatemala, 7 de febrero de 2012

Excelentísimo señor Rector magnífico, dignísimas autoridades, queridos colegas del claustro académico, queridos alumnos, señoras y señores.

Mis primeras palabras deben ir dirigidas a manifestar mi más profunda gratitud hacia las autoridades académicas de la Universidad del Istmo que han tenido a bien concederme el honor de estar hoy aquí en este acto, dictando esta lección en la solemne apertura del nuevo curso. Una gratitud que adquiere un color especial, teñida de cariño, si me refiero a mis colegas de la Facultad de Arquitectura y Diseño, a los que supongo instigadores de esta distinción que, sin duda, se encuentra muy por encima de mis pobres méritos y que me gustaría concretar en su Decana, la arquitecta Ana María de García, por las inmerecidas palabras de presentación que acaba de dedicarme.

Es un gran honor y también constituye una inmensa satisfacción, no sólo porque me brinda la oportunidad de volver a la querida Universidad del Istmo y a su maravilloso país, sino también porque el comienzo de un nuevo curso universitario es, ante todo, un acto de esperanza que renueva el compromiso de futuro que se encarna en el trabajo de toda institución universitaria.

I. La formación en la Universidad

Nos reunimos hoy aquí para dar solemnemente la bienvenida a un grupo de jóvenes que se disponen a iniciar un nuevo curso universitario. Para algunos de ellos, que vienen a la universidad por primera vez, hoy comienza la que probablemente sea la aventura más emocionante de su todavía corta vida, el encuentro con el conocimiento, para ello y para ellos ha sido creada la Universidad.

Qué duda cabe que para los que nos dedicamos a la docencia, el comienzo de un nuevo curso constituye una toma de conciencia sobre la gran responsabilidad que supone la importante misión que tenemos encomendada.

Una misión que debe acometerse siempre en el seno de la comunidad universitaria, de manera conjunta entre profesores y alumnos, y que trasciende la mera transmisión de saberes o el simple aprendizaje de un oficio, por muy

noble que éste sea, para orientarse a un fin más elevado: la búsqueda de la verdad. En su encuentro con profesores universitarios en El Escorial durante las recientes Jornadas Mundiales de la Juventud el Papa Benedicto XVI se refería al cometido que orienta el trabajo universitario al señalar que “la Universidad ha sido, y está llamada a ser siempre, la casa donde se busca la verdad propia de la persona humana” y que “la Universidad encarna (...) un ideal que no debe desvirtuarse ni por ideologías cerradas al diálogo racional, ni por servilismos a una lógica utilitarista de simple mercado, que ve al hombre como mero consumidor”. Y es aquí donde radica el núcleo íntimo de nuestra responsabilidad para con estos jóvenes que hoy comienzan su nuevo curso, porque -como también dijo en ese encuentro el Santo Padre- “los jóvenes necesitan auténticos maestros; personas abiertas a la verdad total en las diferentes ramas del saber, sabiendo escuchar y viviendo en su propio interior ese diálogo interdisciplinar; personas convencidas, sobre todo, de la capacidad humana de avanzar en el camino hacia la verdad”.

Sé que la búsqueda de la verdad está instalada en el corazón del espíritu fundacional de la Universidad de Istmo como lo está en el de la Universidad de Navarra de donde vengo, porque allí fue fijado por la visión de su fundador y primer Gran Canciller, que también inspiró la creación de esta Universidad. Una visión que se expresa en el trilema verdad, libertad y servicio, que San Josemaría glosaba así:

“El noble afán de saber, que lleva a un estudio constante en busca de la verdad; el respeto a los diferentes modos de pensar y hacer, resultado del amor a la libertad y la disposición de poner al servicio de los otros los logros alcanzados”.

Puede parecer innecesario recordar estos principios que deberían ser básicos en el oficio universitario y no sólo en nuestras universidades hermanas; sin embargo, hoy en día la universidad, por lo menos la universidad española que es la que yo conozco bien, se encuentra en una encrucijada, cercada por toda una serie de desafíos espurios que amenazan con disolver su espíritu originario.

La Universidad fue en España durante buena parte del siglo pasado un motor de transformación social, llegando a alcanzar un prestigio que, de manera

sorprendente, empezó a decaer con la llegada de la democracia. Obviamente no fue la recuperación de las libertades lo que provocó la sucesiva pérdida de relevancia social de la universidad, pero sí que una serie de derivadas de la implantación del nuevo sistema político fueron reduciendo paulatinamente el liderazgo social de la universidad.

El prestigio alcanzado por la Universidad hizo que el anhelo de una titulación universitaria para sus hijos se convirtiera en una obsesión para la clase media española e incluso para la más humilde, porque brindaba la posibilidad -a aquellos jóvenes dispuestos al trabajo y al estudio- de alcanzar una posición más elevada en la escala social. Las nuevas autoridades políticas, en su lucha por conquistar las más altas cotas de igualdad entre los españoles, se apresuraron a satisfacer esta demanda. Por otro lado, el diseño del nuevo mapa autonómico, resultado de la descentralización administrativa puesta en marcha con el advenimiento de la democracia, contribuyó a un notable incremento de la oferta educativa haciendo más homogénea su distribución en el conjunto del territorio nacional.

Sin cansarles con disquisiciones sociológicas o históricas les diré que por unas cosas o por otras y a pesar de las innegables bondades que se derivaron de todas estas iniciativas, la Universidad española llegó a final del siglo XX con evidentes síntomas de masificación y con un acento localista preocupante, fruto de la creación de un buen número de universidades nuevas, repartidas por el conjunto de la geografía española.

Durante la primera década del nuevo siglo, con el impulso de la bonanza económica, esta tendencia no ha hecho sino incrementarse y el resultado es que hoy existe en España un número excesivo de universidades, creadas en muchos casos donde no hacía falta, y que, al haber más posibilidades y más centros, el nivel de los alumnos ha descendido de forma dramática y lo que es peor, a pesar de los muchos fondos invertidos en la educación universitaria, ninguna universidad española aparece bien posicionada en los rankings internacionales, lo que no hace sino evidenciar que en lo que se refiere a las universidades, la cantidad y la calidad no casan bien. Hacer una buena universidad es algo realmente costoso y la creación indiscriminada de

universidades no hace sino disolver los recursos e impedir que las más capaces se consoliden y alcancen liderazgo.

Esta pérdida de liderazgo social de la universidad en España se hace evidente en algunos síntomas alarmantes, como el hecho de que las universidades hayan dejado de ser el foro de promoción de la alta cultura y hayan tomado el relevo diversas instituciones –centros culturales o fundaciones, por ejemplo–, alejadas de las aulas. La universidad, antaño templo del saber, ha devenido poco a poco en una escuela profesional y el cultivo desinteresado de la inteligencia ha ido quedando paulatinamente eclipsado por motivaciones más mundanas: dinero, éxito social, eficacia...

Cierto es que esta evolución del papel de la universidad en el entramado social no se encierra sólo entre las fronteras españolas y afecta en general a la propia institución. En un libro reciente, titulado con pesimismo “Adiós a la Universidad” el profesor universitario Jordi Llovet ha defendido que este deterioro en realidad se viene produciendo a lo largo de toda la modernidad y ha derivado en un progresivo empobrecimiento de los estudios clásicos, fruto de los embates de la técnica y de una mentalidad mercantilista –neoliberal, afirma- que ha llegado a colonizar también el mundo de las humanidades.

El reciente proceso de reestructuración de sus enseñanzas que han vivido las universidades europeas alentadas por el sacrosanto dogma de la convergencia no ha hecho sino profundizar en los problemas existentes con su exponencial incremento de la burocracia y su obsesión por la implantación de procesos cuantificadores.

Alejandro Llano, que fue Rector de la Universidad de Navarra, se ha ocupado por extenso de definir el papel que le corresponde desempeñar a la Universidad en la sociedad, y ha explicado esta problemática de manera brillante al señalar que:

“Si se disminuyen las exigencias intelectuales para entrar en la Universidad, siguiendo el afán populista de los políticos para contentar a todos, y se orientan los estudios superiores hacia la adquisición rutinaria de competencias, habilidades y destrezas, marginando una honda formación científica y cultural, como fuente de innovación; si los estudios universitarios se orientan hacia la

satisfacción de las demandas de los “empleadores”, que creen necesitar piezas estereotipadas para que funcionen sus maquinarias; si lo que se pretende es homogeneizar a las nuevas generaciones, imponiéndoles normas de “corrección política” y de sometimiento a los poderes establecidos; si se hace todo esto, se está incurriendo en un severo conservadurismo con un frágil envoltorio de modernidad”.

Probablemente les estará pareciendo mi discurso excesivamente pesimista e incluso reaccionario. No es esa desde luego mi intención. Soy muy consciente del avance que suponen las grandes transformaciones sociales y tecnológicas acontecidas en las últimas décadas con la llegada de la llamada sociedad de la información y admiro las conquistas que se han venido produciendo en el seno de las sociedades occidentales en lo referente a la igualdad de oportunidades y la disolución de las barreras entre clases sociales.

La Universidad también debe ser objeto de cambio constante y, desde luego, sus problemas no se solucionarán apelando a la nostalgia, sino encontrando su lugar adecuado en cada nueva coyuntura para que el servicio que debe prestar a la sociedad sea cada vez más eficaz.

De lo que se trata es de recuperar los perfiles más luminosos de la institución universitaria para preservar su vigencia y operatividad. Las autopistas de información que se han abierto y los procesos de globalización que están marcando el devenir del planeta, no sólo no son impedimento, sino que necesitan el contrapunto de espacios de sosiego útiles y atractivos para que las minorías selectas puedan dedicar su vida al estudio.

Porque no debe confundirse información con saber es por lo que se hace más necesario que nunca reivindicar la enseñanza de las humanidades. Las consecuencias de su relegación en nuestras universidades pueden ser muy amplias, desde la incapacidad para leer o para articular discursos coherentes hasta la insensibilidad artística, pasando por la dictadura de las modas, la manipulación política o la tiranía tecnológica. La correcta formación en valores que proporcionan las humanidades debe servir para reforzar la vida intelectual que es la que ha de ejercer resistencia y encontrar caminos alternativos donde todavía sea posible hablar, conversar o discutir inteligentemente.

El Papa Benedicto nos ha alertado sobre el hecho cierto de que esta crisis que atenaza al mundo occidental antes que una crisis económica es una crisis de valores, provocada por el relativismo moral que se ha adueñado de una parte importante de nuestro mundo, en el seno de una sociedad que ha dejado vía libre al la dictadura del dinero por encima de cualquier otra consideración. En esta coyuntura es en la que, más que nunca, la Universidad debe de hacer frente al compromiso de constituirse en el mejor instrumento de reconstrucción moral porque es la institución que dispone de mejores armas para ello. Pero esta reconstrucción debe comenzar en muchos de los casos desde dentro de las propias universidades, que deben reconsiderar cuál es su verdadero quehacer.

No podemos olvidar el destacado papel desempeñado en la confección de esta crisis por muchos jóvenes profesionales brillantes, egresados de las mejores universidades norteamericanas, supuestamente las mejores del mundo, incluso con la determinante colaboración directa de reputados profesores universitarios, que han diseñado productos y estrategias financieras desprovistos de las más mínimas precauciones éticas, orientados a la búsqueda del beneficio inmediato a través de la excitación de las apetencias consumistas de una sociedad desprevenida.

Además, en la “sociedad del conocimiento” en la que estamos metidos de lleno con el ingente tráfico de información al que tenemos acceso, se aprecia más claramente que en ninguna otra configuración cultural anterior el hecho de que no podemos prescindir de las reglas morales, por más permisivos que pretendamos ser.

Desde nuestras dos pequeñas universidades, sin duda, no podemos resolver los problemas del mundo ni recuperar la conciencia ética global, pero en nuestra mano está aportar nuestro granito de arena y nuestro esfuerzo para la reconstrucción de una cierta integridad colectiva.

II. El efecto Bilbao y otras perversiones

Pero permítanme que les hable ahora de aquello que conozco con más detalle porque es mi profesión y mi afición, la arquitectura, porque en su papel social

en este tiempo y en la particular crisis profesional que en estos momentos atraviesa en mi país, creo que encontraremos un ejemplo que puede servir para iluminar cómo hoy se hace más necesario que nunca el que los nuevos arquitectos que egresan de nuestras escuelas y facultades lo hagan bien provistos de una sólida formación en valores.

Voy a aludir en primer lugar a un episodio no por conocido menos ilustrativo de algunos de los fenómenos que han caracterizado el devenir de la disciplina arquitectónica en las últimas décadas y no sólo en España.

Si lo he elegido para glosarlo aquí no es por la cercanía que tiene para mí el hecho de que el evento se produjera en mi ciudad natal, muy cerca de donde se desarrollaron mis correrías de infancia, sino por la relevancia mundial alcanzada por el acontecimiento y el carácter ejemplar de sus consecuencias.

Me estoy refiriendo a la construcción del museo Guggenheim diseñado por el arquitecto Frank Ghery a orillas de la ría del Nervión en Bilbao que se produjo durante los últimos años del siglo pasado.

Como ustedes ya sabrán, Bilbao es una ciudad del norte de España con un importante pasado fabril que se vio duramente afectada por los procesos de reconversión industrial que se dieron en España en el último tercio del siglo XX. A pesar de que la antigua ciudad industrial se fue, poco a poco, reinventando como centro de servicios y negocio, cuando se inició la construcción del Museo, todavía un aroma de pesimismo impregnaba a su ciudadanía por el recuerdo de tiempos más pujantes.

Las autoridades locales, necesitadas de recuperar una personalidad propia para la ciudad, entendieron que la oportunidad podía llegar de la mano del ofrecimiento que recibieron por parte de los dirigentes de la Fundación Guggenheim para erigir en Bilbao una filial del famoso museo neoyorquino.

El resto ya es historia, Frank Ghery se alzó ganador del concurso restringido organizado al efecto y diseñó el edificio más importante de su ya dilatada carrera profesional, una construcción concebida como una instalación artística que desafiaba las convenciones disciplinares de la arquitectura, ensanchando sus fronteras.

Las características del edificio, la libertad formal de su concepción, su relación con el entorno urbanizado, su indiferencia respecto de cuestiones consideradas como fundamentales en el seno de la disciplina como las relaciones entre forma y función o forma y estructura, así como su carencia de significado más allá del puro disfrute sensual provocado por el oleaje de sus brillantes superficies forradas de titanio, lo convirtieron rápidamente en objeto de la atención de la crítica especializada que saludó el nuevo edificio como el primer hito del nuevo siglo que estaba pronto a comenzar.

Si el efecto multiplicador que tuvo la inauguración del edificio para la carrera de Frank Gehry –un arquitecto conocido y admirado ya por entonces, pero en círculos más bien reducidos- fue extraordinario, todavía lo fue más para la ciudad de Bilbao que, de repente, se convirtió en una ciudad popular en todo el planeta, empezó a recibir un caudal de visitantes desconocido hasta entonces y se vio incluida como destino obligado en todos los itinerarios de las grandes agencias turísticas.

En el aspecto puramente local, la edificación del Guggenheim fue el inicio de un proceso de regeneración urbana que incorporó para el disfrute ciudadano los terrenos que habían quedado abandonados por la desaparición y el éxodo de las grandes industrias sobre todo navales que jalonaban los márgenes de la ría. Donde antes había fábricas y astilleros surgieron parques, puentes, tranvías así como otros nuevos hitos arquitectónicos que, aunque no llegaron a alcanzar la notoriedad del del Museo, sí que contribuyeron a modificar radicalmente la imagen de la ciudad y devolvieron a sus habitantes el orgullo ciudadano perdido.

Una década más tarde, Bilbao es una ciudad renovada, con amplios recorridos peatonales, con itinerarios verdes de tranvía y con un tren metropolitano moderno diseñado por Norman Foster cuya construcción, respondiendo a un viejo anhelo de la ciudad, se había iniciado diez años antes de la inauguración del Guggenheim, y que hoy cuenta con un trazado de más de cuarenta kilómetros por las dos orillas del Nervión, conectando todo el área metropolitana conocida como el Gran Bilbao.

El éxito alcanzado por la operación de regeneración urbana desarrollada por Bilbao y, sobre todo, por el papel impulsor del Guggenheim, fue

inmediatamente analizada por todo tipo de expertos, urbanistas, arquitectos, sociólogos y políticos; pronto se empezaría a hablar del “efecto Bilbao” y las ansias de emulación se extenderían por toda la geografía española y mucho más allá de sus fronteras.

Gracias a Bilbao y a Ghery, los políticos europeos, y singularmente los españoles, descubrieron el poder de significación social que podía alcanzar una obra de arquitectura diseñada por un arquitecto relevante, lo que dio origen a un proceso casi enfebrecido por parte de muchas ciudades españolas para contar con objetos arquitectónicos diseñados por arquitectos estrella.

Era una operación redonda, la presencia de una figura muy conocida garantizaba la propaganda y ponía a los promotores a salvo de las posibles críticas ya que el prestigio del arquitecto famoso contratado al efecto actuaba de escudo protector; además, el político de turno podía presentar la nueva dotación urbana en el haber de su gestión y la ciudad ganaba un equipamiento –cultural o deportivo habitualmente, aunque también con otros usos- que ampliaba su oferta y le otorgaba la –tan demandada hoy en día– visibilidad. La bonanza económica de que disfrutaban por esos años las entidades locales gracias al extraordinario auge de la promoción inmobiliaria, a la que luego me referiré, hacía fácil disponer de la financiación adecuada y por eso el fenómeno se generalizó.

Lógicamente, no todo arranca con el Guggenheim; ya desde principios de la década de los noventa se había empezado a hablar de arquitectos estrella y los concursos restringidos, reservados sólo a una élite de arquitectos con potentes oficinas, se habían convertido en un recurso muy utilizado por administraciones y otras instituciones para evitar que arquitectos sin preparación o sin experiencia pudieran acceder a los encargos públicos y privados más importantes. También ya antes la arquitectura había sido utilizada por algunos políticos para, al igual que los antiguos monarcas, dejar testimonio en piedra de sus gobiernos, el caso del presidente francés François Mitterrand y los grandes edificios que impulsó en París durante su mandato, resulta paradigmático de ello. Sin embargo, fue el museo bilbaíno el que contribuyó de forma decisiva a la popularización de esta práctica, desde luego en España.

Resulta obligado reconocer que gracias a este fenómeno la arquitectura ha recuperado un papel relevante en el debate social y urbano, superando los reducidos círculos disciplinares y alcanzando al gran público. Y que en estos últimos quince años se han construido -no sólo en España- un gran número de edificios singulares de gran calidad. Pero también es forzoso convenir en que, además de que no todos alcanzaron la calidad suficiente, muchos de ellos no eran necesarios y admitir también que, en muchos de los casos, el coste final acabó siendo desproporcionado.

En paralelo a este fenómeno, pero relacionados con él, otros procesos toman cuerpo en España al hilo del notable período de crecimiento que vivimos en los primeros años del nuevo milenio, un crecimiento que, como es bien conocido, se apoyó de forma determinante en la alianza entre el flujo del crédito y la especulación inmobiliaria, causas principales de la creación de la famosa “burbuja”.

Una desaforada construcción de viviendas, en convivencia con un incremento exponencial del costo del suelo, en espuria asociación con una disponibilidad desconocida del crédito, llevó a las familias españolas a un endeudamiento sin precedentes y a las ciudades, sobre todo a las más pobladas, a contemplar como su entorno territorial se llenaba de urbanizaciones cada vez más alejadas del centro, que provocaban el fenómeno conocido como crecimiento en “mancha de aceite”, o en “sprawl” por denominarlo con el término con el que ya se habían bautizado procesos parecidos ocurridos en el urbanismo norteamericano.

Todos los actores de este drama han tenido su parte de culpa en el estallido final de la burbuja inmobiliaria que se generó, los propietarios del suelo urbano por su voracidad que hizo que el valor del suelo para construir se disparase hasta lo insostenible; los promotores que desarrollaron una espiral de crecimiento de negocio que ignoraba la dimensión real de la demanda preocupados sólo por el incremento de beneficios; los responsables políticos que vieron en la especulación inmobiliaria una fuente inagotable de recursos para desarrollar sus más ambiciosos proyectos, cuando no para obtener ilícitos réditos personales, sin percatarse del daño que estaban causando al territorio y de la hipoteca que estaban dejando a las generaciones futuras; los arquitectos

y técnicos de todo tipo que se prestaron a engrasar con sus conocimientos la rueda generada o se aprovecharon de la ligereza con la que se administraban los recursos para construir edificios mucho más costosos de lo razonable para alimentar su ego, cuando no, por lo menos en algún caso, han entrado directamente en la complicidad culpable con numerosos casos de corrupción; los bancos y entidades de crédito que dejaron fluir los préstamos como si el dinero no se fuera a acabar nunca y no hubiera que devolverlo y la propia sociedad en suma, deslumbrada por el rápido crecimiento experimentado por el país, que se lanzó a un festín consumista instalada en la ingenua e irresponsable idea de que el crecimiento ilimitado era posible.

III. Fin del exceso: crisis y regeneración

El fin de fiesta ha alcanzado proporciones de castigo bíblico, por lo menos en España; crisis económica, freno radical a la actividad y el consumo, paro galopante –con la mayor parte de sus efectivos provenientes del sector de la construcción–, deuda pública desbocada y sin prestigio exterior, entidades bancarias sin recursos y obligadas a recibir activos en suelos y viviendas procedentes de préstamos no satisfechos y de dudosa conversión en estos momentos de estancamiento económico, restricción salvaje del crédito, incremento de la morosidad, caída estrepitosa del gobierno de la nación, descenso exponencial de la demanda de viviendas y, por consiguiente de su construcción, etc.

Las grúas han desaparecido como por ensalmo del paisaje urbano español y los entornos de las ciudades aparecen hoy salpicados de urbanizaciones sin terminar repletas de viviendas vacías, mientras que muchos de los edificios e infraestructuras emblemáticas erigidos durante la época de bonanza aparecen cerrados o detenidos en su construcción.

Sin entrar a valorar los distintos casos de corrupción descubiertos, muchos de ellos relacionados con la construcción de estas infraestructuras, que han llegado a afectar al mismo entorno de la casa real; podemos encontrar casos clamorosos de mala planificación que casi no han podido ser utilizados después de haber consumido altísimos presupuestos. El ejemplo más notable

es el Centro Niemeyer de Avilés diseñado por el genial arquitecto brasileño que ha tenido que ser cerrado unos meses después de su solemne apertura por las dificultades para asumir los gastos de su mantenimiento y gestión, pero también hay museos sin fondos, aeropuertos en los que todavía no ha aterrizado un avión o flamantes estaciones para el tren de alta velocidad que casi no reciben pasajeros.

Los arquitectos han visto frenar su actividad en seco y una profesión que no conocía el paro se ha visto abocada a despidos y cierres de oficinas. La crisis ha llegado hasta la Universidad y la carrera de arquitectura, de moda hace sólo cuatro o cinco años, ha pasado a ser de las menos demandadas y a los centros les cuesta cubrir su oferta. El problema se agrava aún más porque en los años de alta demanda proliferó por todo el país la apertura de nuevas escuelas de arquitectura, abriendo la posibilidad de cursar la carrera a todo el que quisiera, con lo que poco a poco se ha ido diluyendo el carácter elitista y exigente que siempre han tenido estos estudios y, además, en los próximos años, un ingente número de nuevos profesionales atraídos a las aulas en los buenos tiempos, irrumpirá en un mercado que está sufriendo una contracción traumática y acelerada y que, en algunas zonas, está prácticamente paralizado.

El panorama puede parecer desolador y efectivamente lo es si lo miramos desde los parámetros de la opulencia vivida, pero no conviene dedicar mucho tiempo a llorar por la leche derramada y, además, con razón, ustedes me dirán que aquí en Guatemala también tienen sus problemas y algunos son mucho más complejos y difíciles de resolver que los que he citado.

Toda crisis es también territorio de oportunidad, en la medida en que provoca un efecto catártico y purificador; el colapso de una determinada estructura o coyuntura social permite interrogarse sobre lo apropiado de algunos comportamientos y abre paso a una reconstrucción de los sistemas de valores y al establecimiento de una nueva jerarquía de prioridades.

Desde muchos rincones del planeta se ha abierto paso el interrogante sobre cómo ha podido ocurrir esto, al mismo tiempo que surgía el reclamo de mayor orden y regulación, del establecimiento de diques que pongan freno al dominio del dinero y el puro mercado. Tanto en Europa como en América se ha

clamado por la limitación de beneficios; llamando, en definitiva, a la recuperación de valores como la justicia y la solidaridad.

En una entrevista relativamente reciente, Frank Ghery, en una sorprendente reflexión que evidenciaba cierta mala conciencia, decía que, probablemente, la crisis que estábamos viviendo le vendría bien a la arquitectura de nuestro tiempo, desorientada por tanto exceso y tanta atención mediática. Él mismo se negaba a ser identificado como arquitecto-estrella y aceptaba que los tiempos de prodigalidad se habían terminado: “Se acabó el derroche –decía-, y toca responder a ese reto. No sé si es bueno o malo, pero es lo que hay. Hay que ahorrar energía y dinero. Hacer arquitectura verde. Ahora todo tiene que ser verde. Y es real, porque si no estamos muertos”.

En cierto sentido, algo de innegable hay en la acusación de corrupción y derroche que se ha hecho contra la propia arquitectura en estos últimos años de alianzas espurias con el poder que han dado lugar a una cascada de edificios bellísimos pero no siempre necesarios, construidos con una riqueza de materiales deslumbrante pero en muchos casos excesiva; a la generación de un star-system de figuras intocables con sitio fijo en las revistas especializadas y a la percepción de los arquitectos por parte de la sociedad como profesionales manirroto obsesionados con la exaltación pública de su ego.

Este fin del exceso que con cierta tristeza admite Ghery tiene que devolver, a la arquitectura, de forma inevitable, el principio básico de adecuación de medios y fines y debe abrir la investigación hacia cuestiones más modestas como la sostenibilidad o la solidaridad. Los nuevos tiempos obligan a no pensar tanto en una arquitectura para arquitectos como en una arquitectura para la sociedad.

Y aquí es donde las universidades, y en particular las escuelas de arquitectura, debemos aceptar el desafío de recuperar la vanguardia ética de la sociedad, formando en nuestras aulas a profesionales receptivos a las necesidades reales de su entorno. La de arquitecto es una profesión de servicio en todas sus versiones y esta máxima debe presidir la formación de nuestros alumnos. Se trata de ofrecer más utilidad, más eficacia y más placer usando menos materiales, menos energía y menos dinero; como rezaba el título de un

congreso celebrado hace poco más de un año en Pamplona, de ofrecer más por menos.

Supongo que estos lamentos pueden parecerles a ustedes el resultado de una mala digestión después de un banquete presidido por el exceso y la arrogancia y me replicarían que esas máximas ya se vienen aplicando en Guatemala y otros países iberoamericanos desde siempre, impulsadas por la necesidad, y tendrán razón. De hecho, una buena parte de la disciplina está dando la espalda a esa arquitectura espectáculo, todo lujo y ostentación, y volviendo los ojos hacia la arquitectura de lo necesario que se practica en esta orilla del océano. En ese congreso al que antes me refería, celebrado en Pamplona en 2010, arquitectos como Alejandro Aravena de Chile o Giancarlo Mazzanti de Colombia mostraron la capacidad real de la arquitectura, de la buena arquitectura, para mejorar las condiciones de vida de la gente, para influir en la regeneración social ante problemas mucho más radicales como pueden ser la necesaria y urgente reconstrucción de un país arrasado por un maremoto o la tiranía y violencia que ejercen los cárteles de la droga en ciudades como Medellín.

No pretendo en absoluto despreciar la renacida capacidad de significación urbana alcanzada por los objetos arquitectónicos singulares, sobre todo a partir del museo Guggenheim de Bilbao, ni desdeñar la potencia renovadora del tejido urbano que puede generar una buena obra de arquitectura y me parece esperanzador que la sociedad y sus dirigentes hayan vuelto los ojos hacia la arquitectura y traten de aprovechar su eficacia semántica, pero considero que la crisis nos ha puesto frente a retos más ambiciosos.

También en 2010, en octubre, tuvo lugar en el MOMA neoyorquino, una exposición con el significativo título de “Pequeña escala, gran cambio” que agrupaba una serie de proyectos de todos los continentes, con el denominador común del compromiso social y la aspiración de restablecer el vínculo natural entre arquitectura y sociedad.

He aquí un programa ético para ofrecer a nuestros alumnos de arquitectura, enseñémosles a utilizar su imaginación y su capacidad para servir a la sociedad y no para gratificar su autoestima. Hagámosles ver que en lo pequeño y en lo humilde también cabe la buena arquitectura, que su responsabilidad les

exige diseñar como si el dinero a gastar fuera el suyo propio y a dar más de lo que les piden. Digámosles también que la sostenibilidad no está reñida con la belleza, que la buena arquitectura como decía David Chipperfield en el congreso de Pamplona “puede y debe ser la que no es llamativa”, y que la crisis puede llegar a ser útil porque nos impone ciertos límites.

Se hace necesario también recuperar un discurso ético sobre el crecimiento de la ciudad. Porque la ciudad puede que sea el problema, pero, desde luego, es la solución.

Casi la mitad de la población vive hoy en ciudades y, paradójica o consecuentemente, hablamos del riesgo de muerte en que se encuentra la ciudad. Pero no podemos olvidar que la ciudad es uno de los inventos más brillantes de la humanidad y el instrumento más afinado y eficaz para el progreso de la civilización. El progreso humano necesita de unión y debate y la ciudad es el espacio que lo hace posible.

Son muchos los problemas que aquejan a nuestras ciudades, algunos de ellos contradictorios entre sí, fuerzas centrípetas y centrífugas que tensionan la ciudad, amenazando su destrucción. Por un lado, está el atractivo que supone la ciudad, precisamente por su promesa de progreso, para las poblaciones rurales; pero las gigantescas migraciones que se han desarrollado durante el último siglo hacia las áreas metropolitanas, combinadas con la explosión demográfica registrada, han provocado profundas crisis de crecimiento a muchas de las urbes más importantes del planeta y causado los conocidos problemas de superpoblación y hacinamiento. Esta pulsión centrípeta ha fomentado la reacción contraria con la fuga de muchos de los habitantes de las ciudades hacia la periferia, buscando ponerse a salvo de las dificultades generadas en el centro, originando la multiplicación de las urbanizaciones en mancha de aceite a las que antes me refería, que han ido disolviendo paulatinamente los límites de la ciudad y convirtiéndola en un magma incontrolado de difícil gestión.

Los problemas creados por estas tendencias extremas son conocidos. La hiperdensidad de los centros urbanos crea delincuencia y marginación y dificulta la movilidad interior y la extensión ilimitada de las urbanizaciones de la periferia, además de la herida ecológica que infieren al paisaje, incrementa el

consumo y la contaminación y obliga a una inversión exagerada en todo tipo de infraestructuras.

Lo primero que hay que poner en cuestión es el paradigma moderno que ensalza la vida en la periferia como modelo de prosperidad, en una urbanización dotada de sus correspondientes y cuidadas áreas de recreo, siendo propietarios de una casa aislada, con su propio jardín, en mayor o menor contacto con la naturaleza. La propia sociedad norteamericana ya ha empezado a poner en crisis este modelo, que ella misma creó y exportó, tanto desde el punto de vista sociológico, con películas como “The Truman Show” o “American Beauty”, como económico e incluso medioambiental.

Los nuevos urbanistas estadounidenses, de repente, han descubierto que la ciudad compacta europea es mucho más sostenible que la dispersa provocada por el “sprawl”, y que su consumo de energía, agua y, sobre todo, territorio es mucho menor que la formada por suburbanizaciones diseminadas por un entorno urbano ilimitado.

Cualquier análisis del conjunto de parámetros que requiere una cuantificación real de la sostenibilidad se inclina decisivamente hacia la densidad que asegura la ciudad compacta, pero es que, además, la ciudad puede ser la solución para los problemas de la propia ciudad en la medida en que se consiga eliminar la radical dicotomía actual entre centro y periferia. Una ciudad compacta, razonablemente densa, con una adecuada planificación de sus centros de gravedad, con un territorio surcado por las grandes infraestructuras, pero preservando grandes espacios libres, es el modelo de asentamiento con el que trabaja el urbanismo moderno.

Pero la defensa de la ciudad no se apoya únicamente en el argumento de su mayor eficiencia energética. La ciudad es también el espacio de la solidaridad y la cultura. Frente a la asepsia social de las urbanizaciones exclusivas, la ciudad ofrece el conflicto y el encuentro entre los distintos estratos de la sociedad, cuyo diálogo es necesario para que se produzca la cultura y el progreso.

La solución para una sociedad dividida y convulsa no puede ser el olímpico aislamiento que identifica esa casa aislada rodeada por su valla y su jardín, ni puede servir para preservar el medioambiente el modelo de vida que consagra,

con los largos desplazamientos entre hogar y trabajo de sus residentes, asépticamente encapsulados en un vehículo dotado de su propio microclima, consumiendo ingentes cantidades de energía y emitiendo grandes dosis de CO2 a la atmósfera.

La ciudad ha sido siempre, no lo olvidemos, el escenario de los valores, el ágora griega o la “civitas” romana testimonian esa relación íntima entre civilización y ciudad. Si perdemos la batalla de la ciudad habremos perdido los cauces que hacen posible que, con sus dificultades, cualquier discurso, y por supuesto el de los valores, alcance algún tipo de audiencia y llegue de verdad a influir en la sociedad y modificar su deriva.

Soy muy consciente de que este mensaje puede sonar un tanto angélico en una ciudad como ésta en la que nos hallamos con graves problemas de convivencia y seguridad y que dominar las fuerzas que perturban y estremecen la vida de Ciudad de Guatemala es una tarea titánica que excede con mucho las facultades al alcance de un centro universitario por muy en serio que se tome la formación integral de sus alumnos.

Pero pienso que ese es el verdadero cometido de la universidad, por muy lejos que se vea la meta y por difícil que resulte avanzar. Trabajar por una ciudad no sólo sostenible, sino apta para la convivencia y el intercambio social requiere formar auténticos ciudadanos, pertrechados de un adecuado sistema de valores, libres y capaces de pensar por sí mismos y en ese objetivo nos encontraremos todas las facultades, no sólo la de arquitectura.

Cuando de niño, allí en España, en el colegio nos enseñaban las reglas básicas de la corrección social, el término que se usaba para denominarlas era el de urbanidad y me gusta recordar este vocablo, algo obsoleto hoy, porque me parece una expresión que identifica educación y ciudad en una simbiosis cargada de significados. Es obvio que los valores que queremos difundir van más allá de unas fórmulas de cortesía que pueden caducar y no ser universales. Y que hay que pensar, por tanto, en un concepto de urbanidad mucho más trascendente que el que se manejaba en mi infancia, pero coincidirán conmigo en que la palabra se llena de sonoridad pronunciada desde la encrucijada actual y nos muestra un escenario de trabajo complejo donde el hombre, en toda su dimensión y dignidad, es el auténtico protagonista.

Alejandro Llano, citando a Emerson, advertía hace poco: “La concentración es el bien. La dispersión es el mal”. Necesitamos la concentración de la ciudad y también necesitamos la concentración de la universidad. En una sociedad que ha reconocido al conocimiento como su energía imprescindible, los universitarios hemos de empeñarnos en el estudio, la reflexión y el diálogo. La sociedad necesita encontrar el sentido a las cosas. Pero hemos de recordar que el sentido sólo vale en cuanto que es camino hacia la verdad y que tanto la ciudad como la universidad trabajan con la verdad.

Y éste, por encima de otros, debe ser el cometido de la universidad, la formación integral del individuo orientado al encuentro con la verdad. Y para sintetizar este mensaje permítanme que termine esta lección recurriendo de nuevo a las palabras del propio Alejandro Llano:

“Por decirlo ya abruptamente, la apasionante tarea que tiene ante sí la Universidad actual es la de pensar, articular, proyectar y transmitir una nueva visión del hombre y del mundo que responda a la dignidad de la persona, que se abra al designio salvador de Dios, y que sea adecuada para encaminar una sociedad crecientemente mundializada hacia planteamientos más justos y equilibrados.”

Muchas gracias.